

STORIES93.COM
STORY IN SPANISH
ANTHONY BOUCHER
SEÑOR LUPESCU

Las tazas de té vibraban y las llamas parpadeaban sobre la madera.

—Alan, me gustaría que pudieras hacer algo con Bobby.

—¿No es el trabajo de Robert?

—Oh, ya conoces a Robert. Está muy ocupado haciendo el bien en formas abstractas y agradables.

—Y titulares.

—No puede molestarse con cosas como el señor Lupescu. Después de todo, Bobby es solo su hijo.

—Y el tuyo, Marjorie.

—Y el mío. Pero cosas como éstas requieren un hombre, Alan.

La habitación era cálida y tranquila; Alan estiró sus largas piernas junto al fuego y se sintió cómodo, doméstico. Marjorie lo tranquilizaba incluso cuando estaba inquieto. La luz del fuego hizo cosas con su cabello y la curva de su blusa.

Un pequeño torbellino entró a gran velocidad y se detuvo solo cuando Marjorie dijo:

—¡Bobby! Saluda al tío Alan.

Bobby saludó y se paró tentativamente sobre un pie.

—Alan... —lo instó Marjorie.

Alan se sentó derecho y trató de parecer paternal.

—Bueno, Bobby —dijo—. ¿Adónde vas con tanta prisa?

—A ver al señor Lupescu, por supuesto. Suele venir por las tardes.

—Tu madre me ha estado hablando del señor Lupescu. Debe ser todo un personaje.

—Oh, te diré que lo es, tío Alan. Tiene una gran nariz roja y guantes rojos y ojos rojos, no como cuando has estado llorando, pero realmente rojos como los tuyos son marrones, y pequeñas alas rojas que se mueven solo que él no puede volar con ellas porque son rudimentarias, dice. Y habla como, oh, no puedo hacerlo, pero es genial, lo es.

—Lupescu es un nombre divertido para un hada, ¿no es así, Bobby?

—¿Por qué? El señor Lupescu siempre dice por qué todas las hadas tienen que ser irlandesas. Porque se necesitan de todo tipo, ¿no?

—¡Alan! —dijo Marjorie—. No veo que estés haciendo nada bueno. Le hablas así en serio y simplemente le haces pensar que es en serio. Y tú lo sabes mejor, ¿no es así, Bobby? Solo estás bromeando con nosotros.

—¿Bromas? ¿Sobre el señor Lupescu?

—Marjorie, no... Escucha, Bobby. Tu madre no quiso insultar al señor Lupescu. Simplemente no cree en lo que nunca ha visto y no puedes culparla. Ahora, que tal si nos llevas al jardín y nos presentas al señor Lupescu. ¿No sería divertido?

Bobby negó con la cabeza con gravedad.

—No para el señor Lupescu. No le gusta la gente. Solo niños pequeños. Y dice que si alguna vez llevo gente a verlo, dejará que Gorgo me atrape. Ahora, adiós.

Y el torbellino se fue.

Marjorie suspiró.

—Al menos gracias a Dios por Gorgo. Nunca puedo obtener una imagen muy clara de Bobby, pero dice que el señor Lupescu cuenta las cosas más terribles sobre él. Y si hay algún problema con las verduras o el cepillado de los dientes, todo lo que tengo que decir es Gorgo y listo.

Alan se levantó.

—No creo que tengas que preocuparte, Marjorie. El señor Lupescu parece hacer más bien que mal, y una imaginación activa no es una maldición para un niño.

—No has vivido con el señor Lupescu.

—Para vivir en una casa como esta, me arriesgaría —se rió Alan—. Pero, por favor, perdóname ahora, volvamos a la cabaña y a la máquina de escribir. En serio, ¿por qué no le pides a Robert que hable con él?

Marjorie extendió las manos con impotencia.

—Lo sé. Siempre soy yo quien asume responsabilidades. Y, sin embargo, te casaste con Robert.

Marjorie se rió.

—No lo sé. De alguna manera, hay algo acerca de Robert...

Su vago gesto incluyó al Degas original sobre la chimenea, el excelente juego de té e incluso el lacayo con librea que entró en ese momento para retirar las cosas.

El señor Lupescu estuvo maravilloso esa tarde. Tenía como una especie de picazón en las alas y se movía todo el tiempo.

—Polvo de estrellas, dijo. Hace cosquillas. Lo conseguí en la Vía Láctea. Un amigo mío tiene una ruta de carromatos allí.

El señor Lupescu tenía muchos amigos, y todos hicieron algo en lo que nunca pensarías, ni en un millón de años. Por eso no le gustaba la gente, porque la gente no hace cosas de las que puedas contar historias. Simplemente trabajan o se ocupan de la casa o son madres o algo así.

Pero uno de los amigos del señor Lupescu era capitán de un barco. Hizo viajes con él y regresó y les contó todo lo que estaba sucediendo en este mismo minuto hace quinientos años. Y otro de los amigos era un ingeniero de radio, solo él podía sintonizar todos los reinos de las hadas y el señor Lupescu hacía garabatear su nariz roja y la giraba como un dial y hacía ruidos como todos los reinos de las hadas que se acercan al mundo.

Y luego estaba Gorgo, solo que no era un amigo, no exactamente; ni siquiera del señor Lupescu.

Llevaban jugando un par de semanas, solo que en realidad debieron ser horas, porque Mamselle aún no había gritado sobre la cena, pero el señor Lupescu dice que el tiempo es divertido. Entonces frunció los ojos y dijo:

—Bobby, entremos en la casa.

—Pero hay gente en la casa y tú no...

—Sé que no me gusta la gente. Por eso vamos a la casa. Vamos, Bobby, o yo...

Entonces, ¿qué podrías hacer cuando ni siquiera querías escucharlo decir el nombre de Gorgo? Entró en el estudio de papá por la ventana francesa y era una regla estricta que nadie entrara nunca en el estudio de papá, pero las reglas no eran para el señor Lupescu.

Papá estaba hablando por teléfono diciéndole a alguien que intentaría estar en un almuerzo, pero había una reunión del comité esa misma mañana. Mientras hablaba, el señor Lupescu se acercó a una mesa, abrió un cajón y sacó algo. Cuando papá colgó, vio a Bobby primero y comenzó a enojarse mucho. Él dijo:

—Jovencito, ya nos has molestado bastante a tu madre y a mí con todas tus historias sobre tu señor Lupescu de alas rojas.

Tienes que ser educado y presentar a la gente.

—Padre, este es el señor Lupescu. Y mira, tiene alas rojas.

El señor Lupescu apuntó con la pistola que había sacado del cajón y le disparó a padre en la frente. Hizo un pequeño agujero limpio y un gran agujero desordenado en la parte posterior. Padre cayó, estaba muerto.

—Ahora, Bobby —dijo el señor Lupescu—, mucha gente vendrá aquí y te hará muchas preguntas. Y si no dices la verdad sobre lo que sucedió, exactamente, enviaré a Gorgo a buscarte.

Luego, el señor Lupescu salió por la ventana francesa.

—Es un caso curioso, teniente —dijo el médico forense—. Es una suerte que haya incursionado un poco en la psiquiatría. Al menos puedo darte una pista hasta que cuentes con los expertos. La afirmación del niño de que su hada padrino le disparó a su padre es obviamente un mecanismo de vuelo simple, susceptible de dos interpretaciones:

»(A), el padre se pegó un tiro; el niño estaba tan horrorizado por la vista que se negó a aceptarlo e inventó esta explicación. (B), el niño le disparó al padre, digamos por accidente, y le echó la culpa a su chivo expiatorio imaginario. Esta segunda opción, por supuesto, tiene implicaciones más siniestras: si el niño hubiera resentido a su padre y hubiera creado un sustituto ideal, podría hacer que el sustituto destruyera la realidad... Pero ahí está la solución para el testimonio de un testigo ocular. Cuál

alternativa es la verdadera, teniendo, lo dejó a sus investigaciones sobre el motivo y la evidencia de balística y huellas dactilares. El ángulo de la herida coincide con cualquiera.

El hombre de la nariz y los ojos rojos, los guantes y las alas caminó por el sendero de atrás hasta la cabaña. En cuanto entró, se quitó el abrigo, se quitó las alas y el mecanismo de cuerdas y goma que las hacía temblar. Los colocó encima de la pila de leña preparada y encendió el fuego.

Cuando el fuego ardió con ganas, agregó los guantes. Luego se quitó la nariz, amasó la masilla hasta que el rojo de su exterior se desvaneció en el marrón neutro de la masa, la metió en una grieta en la pared y la alisó. Luego se quitó las lentillas de iris rojo de sus ojos marrones y fue a la cocina, encontró un martillo, las convirtió en polvo y arrojó el polvo por el fregadero.

Alan empezó a servirse una copa y descubrió, para su agradable sorpresa, que no la necesitaba especialmente. Pero se sentía cansado. Podía recostarse y recapitularlo todo, desde la invención del señor Lupescu (y Gorgo y el hombre de la Vía Láctea) hasta el éxito de hoy y el del futuro, cuando Marjorie, dócil y confiada en Marjorie, fuese más deseable que nunca, como viuda y heredera de Robert. Y Bobby necesitaría un hombre que lo cuidara.

Alan entró en el dormitorio. Pasaron varios años en los pocos segundos que tardó en reconocer lo que le esperaba en la cama, pero ya sabes, el tiempo es gracioso.

Alan no dijo nada.

—Señor Lupescu, supongo —dijo Gorgo.